

dos sobre el puente, y destacando en seguida á derecha é izquierda columnas que, despues de vadear el Cabriel se lanzaron sobre los insurgentes apostados en las rocas, consiguió matar considerable número de gente al enemigo, y apoderarse de la posicion.

El mariscal Moncey empleó el dia 22 en ordenar sus tropas, y en hacer mas practicable el camino para su artillería y bagages. El 23 hizo noche en Utiel, y el 24 llegó á un largo y angosto desfiladero, que conduce á través de las montañas de Valencia á la famosa y fértil campiña, conocida con el nombre de La Huerta. Este desfiladero, que lleva el nombre de *desfiladero de las Cabreras*, y que está formado por el cauce de un barranco que había que pasar y repasar cinco ó seis veces, era reputado por los insurgentes como inespugnable. El mariscal Moncey, merced á la lentitud de su marcha, había dado tiempo de sobra á los sublevados para que se situasen en él y multiplicasen los medios de resistencia. Vencer de frente las dificultades que en aquel paso habían opuesto los insurgentes á nuestras tropas, hubiera sido punto menos que imposible y causado enormes pérdidas: el mariscal Moncey por tanto, encargó al general Harispe que escogiese los soldados mas listos y los mejores tiradores, y que despues de hacerles dejar las mochilas, los condujese á las alturas inmediatas de derecha é izquierda para desemboscar á los españoles, y desalojándolos del desfiladero, convertir contra ellos sus propios medios de defensa. El general Harispe, á costa de inauditos esfuerzos y de mil combates parciales, fué tomando una á una las rocas y los escalones de la posicion, consiguiendo al fin caer

sobre la retaguardia de los españoles que defendían el desfiladero. Al ver sobre sí el enemigo las tropas francesas, emprendió la fuga, dejando espedito á nuestro ejército un paso, que hubiera sido imposible forzar, á haber tenido precision de atacarlo de frente. El mariscal Moncey, prosiguió triunfante su marcha hasta la venta de Buñol, donde hizo alto para dar tiempo á que se le incorporasen sus bagages, y á que se repusiese su artillería, asaz deteriorada á causa de la aspereza de los caminos. Aun cuando en el pais semi-salvage que acababa de recorrer, faltaban no solo medios de reparacion sino hasta medios de subsistencia, la artillería española, que cayó toda entera en poder de los franceses, surtió á nuestras tropas de piezas de repuesto, y la columna volviendo á emprender el 26 su marcha con direccion á Chiva, llegó el 27 por la mañana á la campiña de Valencia, cortada en mil acequias por las cuales se esparcen en todas direcciones las aguas del Guadalaviar; cubierta de cañameros de una estraordinaria altura, y poblada de naranjos, palmeras, y de la vigorosa vegetacion, en fin, de los trópicos. La vista de aquella fértil campiña no podía menos de regocijar á nuestras tropas, fatigadas en extremo del aspecto triste que acababan de recorrer. Pero si bien es verdad, que, merced á la lentitud de su marcha, llegaban en bastante buen estado, incorporadas todas á las filas, suficientemente racionadas, y en disposicion de combatir, encontraban en cambio á causa de esta misma lentitud bien preparado al enemigo, y dispuesto á defender la capital. Antes de llegar á ella, y como á unas dos leguas de distancia de sus muros, tenían que atravesar nuestros soldados por la



villa de Quarte el gran canal que hace variar de curso la mayor parte de las aguas del Guadalquivir, recomponer el puente que estaba cortado, apoderarse de la villa y de una multitud de puntos emboscados á derecha é izquierda en las casas de la campiña, ú ocultos por la altura de los cañamares. Todas estas dificultades, sin embargo, lograron entretener muy poco tiempo á nuestras tropas, las cuales atravesaron el canal, recompusieron el puente, se apoderaron de la villa, y avanzando al través de los campos y de las acequias, mataron, con pérdida por su parte de algunos hombres, un considerable número del enjambre de guerrilleros, que por todos lados hacían llover sobre ellas un granizo de balas. Por la noche, nuestro ejército vivaqueó junto á las murallas de Valencia. El general Moncey resolvió entrar sin perder momento en la ciudad, atacando simultáneamente las dos puertas de Quarte y de San José, que eran las primeras que se ofrecían á su vista por el camino de Requena. Valencia se halla circundada de una gruesa muralla, cuyo pie bañan las aguas por diferentes puntos. Sus puertas estaban atrincheradas con caballos de frisa y obstáculos de todo género, y millares de insurgentes, situados en los tejados de las casas, se hallaban dispuestos á hacer sobre nuestras tropas el fuego mas mortífero.

En la madrugada del 28 al despuntar el alba y despues de haber obligado á replegarse á las guerrillas enemigas, el mariscal Moncey lanzó dos columnas de ataque sobre las puertas de San José y de Quarte. Nuestras tropas lograron derribar fácilmente las primeras dificultades que estorbaban su marcha; al llegar, empero, cerca de las puertas, y

antes de hacer jugar la artillería, hubo precision de arrancar los caballos de frisa que obstruían su entrada. Nuestros bizarros soldados se lanzaron una porcion de veces bajo el fuego enemigo para ejecutar con hachas las operaciones mas peligrosas. Pero despues de muchas tentativas dirigidas por el general de ingenieros Casals, en las cuales sufrió nuestro ejército considerables pérdidas, hubo que reconocer la imposibilidad absoluta de forzar las puertas, blanco de sus ataques. Verdad es que aun cuando nuestras tropas hubieran conseguido su objeto, tampoco habrían adelantado mucho, mediante á que las calles de Valencia estaban atrincheradas por el mismo orden que las de Zaragoza, y para penetrar en la ciudad, habrían tenido que ir asaltándolas una por una. En esta conviccion, el mariscal Moncey mandó replegar su gente, quedándose dueño de los arrabales tomados al enemigo.

Esta sangrienta tentativa, en la cual perdió cerca de trescientos hombres entre muertos y heridos, le obligó á meditar detenidamente sobre su situacion. En primer lugar habia sacado de Madrid ocho mil y tantos hombres de los cuales se le habian desmembrado mil lo menos en la marcha entre soldados enfermos y fuera de combate. En segundo, acababa de saber por medio de los prisioneros, que el general Chabran habia tenido que replegarse á Barcelona. Por otra parte, reflexionó que la ciudad que tenia delante de sí contaba con el número de sesenta mil almas, aumentado hasta el de cien mil al menos con los campesinos de la Huerta que habian acudido á refugiarse dentro de sus muros, y que estaba resuelta á defenderse hasta morir por el temor que los franceses tratasen de vengar en ella los odiosos



asesinatos perpetrados por el canónigo Calvo en sus compatriotas. Y considerando, por último, que para vencer una resistencia semejante, necesitaba artillería de grueso calibre, el mariscal Monecy renunció cuerdamente á volver á intentar un ataque que no ofrancia probabilidad alguna de éxito, y que contribuiría tan solo á aumentar las dificultades de su retirada, aumentando el número de heridos que tendría que llevar tras sí. Una vez tomada esta resolución, el mariscal tuvo la feliz ocurrencia y la fortaleza de espíritu necesaria para ponerla en práctica sin la menor demora. Habíanle dicho además, que el capitán general Cervellon se hallaba á la cabeza de siete ú ocho mil insurgentes en las orillas del Júcar, pequeño río, que después de serpentear por entre las montañas de Valencia, desagua en el mar cerca de Alcira, villa que dista algunas leguas de la capital. Las intenciones del capitán general de Valencia, por tanto, no podían ser otras, que las de atravesar la Huerta é ir á colocarse en los desfiladeros de las *Cabreras*, con el fin de interceptar el paso á los franceses, lo cual debía procurar evitar á todo trance el mariscal Monecy, si no quería esponerse á un gran apuro, mediante á que, habiendo perdido los mejores soldados de su ejército, y viéndose embarazado con un considerable número de heridos, podía fracasar muy fácilmente, empeñando una lucha semejante á la en que obtuvo un éxito tan feliz cuando iba marchando sobre Valencia. Unido esto á que la carretera que atraviesa el Júcar por Alcira y que va por la provincia de Murcia á Almansa para evitar el paso de las montañas, era mucho mejor que la otra, aunque un poco mas larga, bastó para decidir al mariscal

Monecy á marchar recto sobre el Júcar con objeto de batir al general Cervellon, forzar el desfiladero de Almansa, y regresar por Albacete.

Habiendo llegado el 1.º de julio á las márgenes del Júcar, encontró allí á los insurgentes de Valencia y Cartagena, situados al otro lado del río, cuyo puente habían tenido la precaucion de cortar. El ejército francés atravesó el Júcar, vadeándolo por tres diferentes puntos, y restableciendo en seguida el puente, hizo pasar por él sus inmensos bagages. El 2 lo empleó en dar algun descanso á sus tropas, y el 3 habiendo llegado á su noticia que los insurgentes trataban de impedirle el paso por las montañas de Murcia, conocido con el nombre de desfiladero de Almansa, se apresuró á atravesarlo, y logró su intento sin tropezar con grandes dificultades, rechazando á los insurgentes donde quiera que se le presentaban, y apoderándose de parte de su artillería. Volviendo acto continuo á emprender su marcha lenta y metódica, llegó el 5 á Chinchilla y el 6 á Albacete. En esta ciudad supo con gran satisfaccion, que la division Frère, que en un principio debió ir á situarse á Madrideojos escalonándose sobre el camino de Andalucía, y que habia sido después enviada á San Clemente por orden del emperador, se hallaba muy poco distante de sus tropas, y el 10 de julio efectuó su reunion con ella.

El mariscal Monecy traía su division en buen estado, puesto que aun cuando llegó á Albacete un poco cansada, no habia dejado en el camino un solo herido, ni siquiera una pieza de artillería. Forzoso es repetir, sin embargo, que si bien habia logrado, merced á la lentitud de su marcha, conservar entera su division, esta misma lentitud fué causa de



que se le fuese de entre las manos la conquista de Valencia, de cuya ciudad se hubiera seguramente apoderado, como se apoderó de Córdoba el general Dupont, si hubiese caminado con la rapidez necesaria para sorprender á los insurgentes antes de que estos hubiesen tenido tiempo para hacer sus preparativos de defensa. Esto no obstante, su determinacion de marchar lenta y firmemente por en medio de las provincias sublevadas, batiendo al enemigo donde quiera que se le presentaba, y sin dejar sembrado el camino de enfermos, heridos y bagages, no dejó de tener su mérito á los ojos de Napoleon, el cual mostró cierta complacencia en reconocerlo y proclamarlo así.

Mientras que el mariscal Moncey ejecutaba esta marcha difícil, la provincia de Cuenca, que en un principio se mostrara tan tranquila, se habia sublevado y apoderándose del hospital que el mariscal Moncey habia establecido durante su estancia en ella, para colocar sus enfermos. El general Savary habíase visto, por ende, en la precision de enviar para castigarla una columna de tropas al mando del general Caulaincourt, quien entregando la capital á sus soldados para que la saqueasen por espacio de dos horas, dió margen á que estos usasen del permiso con tanto provecho suyo material, como perjuicios acarreo á la moralidad del ejército.

Aun cuando los sucesos de Valencia precedieron algunos dias á la batalla de Medina de Rioseco, la noticia que se tuvo de ellos en Madrid, coincidió con la de la victoria obtenida por nuestras tropas en la mencionada batalla. Y si bien los españoles se mostraban triunfantes y enorgullecidos por la resistencia tenaz que habian ha-

llado nuestras tropas en Zaragoza y Valencia, resistencia que por otra parte revelaba la necesidad de emplear ataques sérios para someter á nuestra obediencia las grandes ciudades sublevadas, no por eso era menos cierto que nuestra campaña proseguia siendo victoriosa en la Peninsula. Los insurgentes no podian presentarse en parte alguna á nuestras tropas sin ser rápida y completamente dispersados. El general Duhesme, á quien como ya hemos dicho, volvió á incorporársele el general Chabran, hizo con él diferentes salidas de Barcelona, en las cuales consiguió apoderarse del fuerte de Mongat, tomar y entrar á saco en la reducida ciudad de Mataró, y regresar, por último á Barcelona despues de sembrar el terror por todas partes, y de ejercer la represion mas enérgica, sin experimentar otro fracaso que el que sufrió al pretender escalar á Gerona. El general Verdier, que hasta entonces no habia logrado aun penetrar en Zaragoza, era, sin embargo, dueño de todo Aragon, y habia enviado una columna á Calatayud al mando del general Lefebvre, que hizo un ejemplar castigo en la mencionada ciudad. En Rioseco, en fin, como hemos participado ya antes de ahora á nuestros lectores, habíamos logrado anonadar el único ejército respetable que se habia presentado hasta entonces á nuestras tropas. Nuestro ascendiente, por tanto, en el Norte, quedaba asegurado completamente. Las dificultades estaban en el Mediodía, donde el general Dupont, acampado sobre el Guadalquivir, y á la falda de Sierra Morena, tenia que habérselas con un ejército que prometia ser numeroso, y el cual no se componia solamente de paisanos, sino que contaba tambien



con bastantes tropas de línea. Los españoles no se limitaban ya á hacer frente al general Dupont; habíanlo reducido á mantenerse á la defensiva en Andújar, y si desgraciadamente llegaba á sufrir algun descalabro en esta posicion, los insurgentes de la Andalucía y de Granada por una parte, unidos á los de Cartagena y Valencia, y por otra los de Estremadura, podían atravesar la Mancha y presentarse sobre Madrid en considerable número; lo cual habria hecho cambiar enteramente la faz de la guerra. Esto, no obstante, y á pesar de los rumores que entre los españoles corrian sobre este propósito, se estaba muy lejos de temer la posibilidad de semejante desgracia. El general Dupont habia recibido ya, en efecto, la division Vedel, cuya fuerza aumentaba el número de tropas de su mando hasta el total de unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres. Contábase ademas con su notoria pericia, y nadie imaginaba que un general que se habia hallado delante de Albeck con solos seis mil hombres á presencia de sesenta mil austriacos, y que habia salido de esta situacion haciendo cuatro mil prisioneros, pudiese sucumbir ante insurgentes indisciplinados, en los cuales acababa de hacer el mariscal Bessieres tan atroz carnicería con tan escaso número de gente. Teniase, por tanto confianza de obtener un buen éxito en Andalucía, si bien no habia de ello una completa seguridad. El general Savary, de conformidad con el parecer de Napoleon, quien no podia dirigir los asuntos militares sino desde lejos, y con la incertidumbre consiguiente al tiempo y las distancias, habia enviado al general Gobert á Madrideojos, á fin de que reemplazase en este punto á la division Fré-

re, empleada, segun se ha visto, en socorrer al mariscal Moncey hácia San Clemente. El general Gobert tenia órden de dirigirse hácia lo interior de la Mancha, y de avanzar, si las circunstancias lo exigian, hasta Sierra Morena, á fin de incorporarse con el general Dupont. Este caso habia llegado ya, y sus tropas iban á ocupar el hueco de la division Frére, destinada á la sazón á otro punto. Habiendo marchado uno de los cuatro regimientos que aquel mandaba, á custodiar un convoy hasta Andújar, no le quedaban ya mas que otros tres de infantería, escelentes á pesar de hallarse compuestos de soldados bisonos, y un soberbio regimiento provisional de coraceros al mando del bizarro oficial el mayor Cristophe. Verificada que fuese la reunion con el ejército expedicionario de Andalucía ninguna duda era dado abrigar acerca del éxito de nuestras operaciones en el Mediodia de España. Pero no se habian limitado á esto solo las precauciones del general Savary; habia ademas concentrado sobre la córte la division Musnier, procedente de Valencia; la de Frére, que habia sido enviada en su socorro, y la columna Caulaincourt, que habia ido á castigar la ciudad de Cuenca: y si á esto se añade, que todavia conservaba la division Morlot perteneciente al cuerpo de ejército del mariscal Moncey, la guardia imperial, y que acababa de recibir la brigada Rey, que habia servido á José de escolta, hallaremos que entre todas estas fuerzas componian un total de veinte y cinco mil hombres, el cual hubiera ascendido á mas de treinta mil, á no ser por los muchos enfermos y heridos que entre ellos se contaban. Con semejante número de tropas; parecenos que habia



mas que suficientes para frustrar todas las esperanzas de los españoles, los cuales insistian, sin embargo, en decir que Valencia y Zaragoza se mantendrian firmes; que el general Dupont se veria obligado á retroceder y á repasar Sierra Morena, que bien pronto despues se verian venir en su seguimiento los insurgentes de Estremadura, Andalucía, Granada, Cartagena y Valencia; que los del Norte tardarian poco á reaparecer sobre el camino de Burgos, y que en vista de una aglomeracion de fuerzas tan considerable, la nueva monarquía no tendria otro remedio que volverse de Madrid á Bayona. Los franceses, por el contrario, aguardaban ver en breve tomada por asalto á Zaragoza; á la division del general Verdier marchando sobre Valencia con el cuerpo del mariscal Moncey, y al general Dupont avanzando en triunfo por Andalucía, y sometiendo todo el Mediodía de España. Del éxito que allí tuviesen nuestras operaciones, dependia el que prevaleciese una de las dos alternativas mencionadas: así es, que las miras de los españoles y las de los franceses estaban concentradas á la sazón (del 15 al 20 de julio), esclusivamente sobre Andalucía.

El general Dupont, como ya dejamos dicho, despues de abandonar á Córdoba, fué á acamparse en Andújar, sobre el Guadalquivir: posición muy mal escogida, por cuanto hubiera estado mucho mejor en Bailén, á la entrada de los desfiladeros cuya interceptación hubiera evitado con sola su presencia, y donde habria encontrado una posición mucho mas sana para sus tropas, al propio tiempo que elevada, dominante, y desde la cual hubiera podido precipitar en el Guadalquivir á cuantos

hubiesen intentado atravesarlo. Este general, segun hemos indicado ya tambien, habia colocado la brigada Pannetier delante del puente de Andújar; y un poco inclinada á la izquierda, la brigada Chabert un poco á retaguardia, é inclinada hácia la derecha; los marinos de la guardia dentro del mismo Andújar; los dos regimientos suizos á retaguardia de la ciudad, y la caballería, á lo lejos en la llanura. Los insurgentes los dejaron permanecer en esta posición sin pensar siquiera en inquietarlos durante el fin de junio y principios de julio, mediante á que los sublevados de Andalucía y de Granada tenian necesidad de este tiempo para organizarse, concertarse unos con otros, y verificar su reunion entre Córdoba y Jaen. Las únicas hostilidades con que fué molestado el general Dupont en el mencionado periodo procedian de la ocupación de Sierra Morena por un enjambre de bandidos, los cuales daban muerte á los correos é interceptaban los convoyes. Las bandas de Echevarri se colocaban tan bien en los puntos de acecho, que ni un solo hombre á caballo podia pasar entre Puerto del Rey y la Carolina sin ser asaltado, atento á que por otra parte, las mugeres y hasta los muchachos de estas dos poblaciones, estaban constantemente de guardia para indicar á aquellas la aproximación de cualquier pasajero. Durante aquella fatal inacción de cerca de un mes, motivada en parte por el retardo de los refuerzos pedidos, el general Dupont habia espedido por las cercanías de Andújar algunos destacamentos, á fin de que castigasen á los insurgentes y procurasen víveres para las tropas. A Jaen envió al capitán de los marinos de la guardia Baste, oficial an enten-



dido como intrépido, con la mision de castigar á la ciudad mencionada, la cual habia contribuido á la matanza de nuestros heridos y de nuestros enfermos, y con la de sacar de ella los muchos recursos que contenia. El capitán Baste, con un batallon, dos piezas de artillería, y unos cien caballos, entró audazmente en Jaen, puso en fuga á sus habitantes, y regresó al campamento con un inmenso convoy de viveres, de vinos, y de medicamentos de toda especie.

El general Dupont, que por desgracia no supo conocer los inconvenientes grandes de la posicion de Andújar, si bien los presentia de un modo confuso, estaba constantemente en el mayor recelo acerca de Bailen y de la barca de Menjíbar, que facilitaba el paso del Guadalquivir por delante de aquella ciudad. Merced á este recelo, habia mandado un destacamento al punto donde se hallaba la barca, y estaba practicando reconocimientos á cada paso. Su inquietud se estendia aun á mas allá, puesto que se veia obligado asimismo á llevar sus exploraciones por la izquierda de Bailen hasta Baeza y Ubeda, desde donde partia un ramal de camino, que, atravesando por Linares, iba á dar detrás de Bailen á las inmediaciones de la Carolina y muy cerca de la entrada de los desfiladeros. Y he aqui llegado el caso de repetir, que se hubiera ahorrado semejante incumbencia, colocándose en la misma ciudad de Bailen, para la seguridad de la cual con sola su presencia tenia bastante, y desde donde algunos destacamentos ó avanzadas de caballería, enviadas sobre Baeza y Ubeda, hubieran sido suficientes para garantizarle de toda sorpresa. El cuidado mayor que ordinariamente le aque-

jaba, á pesar de hallarse en la fertil y rica Andalucía, era el de proveer de viveres á sus tropas. Los carneros, ganado que tan estraordinariamente abunda en las dos Castillas y Estremadura, escaseaban bastante en Sierra Morena, donde apenas se encontraba alguna que otra cabra; vianda mal sana y poco nutritiva. El trigo escaseaba tambien, porque la cosecha del año anterior habia sido devorada ó destruida por los insurgentes, y la de aquel año aun no se habia recogido: de suerte que nuestros soldados se veian precisados á segar las mieses por sí mismos para tener pan, y así todos se hallaban á media racion. Dábaseles en cambio, cebada que hacian cocer con su racion de etapa, comiendo revueltos ambos articulos. Para moler el trigo que segaban, no habia mas que un solo molino en la orilla del Guadalquivir, y este molino tenian que defenderlo diariamente contra los ataques de los españoles. Hallábanse ademas en aquel clima abrasador privados de frutos y legumbres frescas. El vino si bien era escelente en pueblos algo distantes del punto donde estaba acampado el ejército, como en Valdepeñas, tenia que venir por Sierra Morena, puesto que esta villa pertenece á la Mancha. Haíase traer, sin embargo, á precio de oro, mas solamente para los enfermos. El vinagre, tan útil en los paises cálidos, faltaba tambien. El agua del Guadalquivir estaba casi siempre tibia. De manera, que para soldados jóvenes poco habituados á climas de una temperatura estremada, tan larga residencia en Andújar era punto menos que insufrible y muy peligrosa. Ademas de los heridos, habia ya un gran número de enfermos, atacados de disenteria. La falta absoluta de noticias añadia



á los padecimientos físicos el sufrimiento moral de una tristeza profunda. El soldado, sin embargo, aunque poco aguerrido todavía, tenía el convencimiento de su superioridad, y una gran confianza en su general en jefe, y deseaba ardientemente, por tanto, ocasiones en que medirse con el enemigo.

Esta confianza acreció extraordinariamente con la llegada de la division Vedel, el cual, habiendo partido de las cercanías de Madrid á fines de junio, llegó el 26 á Despeña-Perros, poblacion situada á la entrada de los desfiladeros, y logrando forzarlos, causando ademas alguna pérdida á Agustín Echevarri, desembocó sobre la Carolina, bellisima colonia fundada á fines del siglo pasado por Carlos III. El angosto valle por donde se atraviesa Sierra Morena, se estiende un poco hacia la Carolina, alárgase luego hasta Guarroman, y siguiendo hasta Bailen, se abre anchamente al desembocar sobre el Guadalquivir. El ramal de camino de travesía de que antes hemos hablado, y que conduce desde Baeza á Ubeda, por Linares, á la entrada de los desfiladeros, desemboca en Guarroman entre la Carolina y Bailen.

La division Vedel, despues de detenerse en la Carolina y de ponerse en comunicacion con el general Dupont, fué á situarse en Bailen, dejando un batallon á su retaguardia para guardar la entrada de los desfiladeros, y colocando en vanguardia otros dos para guardarla barca de Menjibar. Inmediatamente que la division Vedel se incorporó con el cuerpo de ejército del general Dupont, y despues de designarle éste la posicion que debía ocupar, le recomendó la vigilancia mas es-

quisita sobre su retaguardia y sobre su izquierda, á fin de que el enemigo no pudiese apoderarse de los desfiladeros, é interceptarlos. Con la llegada del general Vedel atenuábase algun tanto el inconveniente de no haber acampado el grueso del ejército en Bailen; todavía quedaba, empero, la desventaja de estar á la defensiva, hallándose las fuerzas á distancia de seis leguas unas de otras, y detrás de un rico vadeable por todos lados. Un enemigo audaz podia muy bien, en efecto, pasar aquel por la noche, é interponerse entre las dos posiciones que ocupaban nuestras tropas. Asi, pues, el número de las fuerzas francesas, á pesar de la incorporación del general Vedel, no era bastante considerable para que pudiese dividirse sin riesgo á presencia de los insurgentes de Andalucía. El cuerpo de ejército del general Dupont, por otra parte, habia mermado bastante á causa de los muchos enfermos. La division Barbou no podia ya presentar al enemigo mas que unos cinco mil setecientos hombres, ó seis mil cuatrocientos á lo sumo, contando con los ingenieros y la artillería. Los marineros de la guardia serian cuando mas unos cuatrocientos, y los dragones y cazadores á caballo unos mil ochocientos, cuyas fuerzas juntas componian un total de ocho mil seiscientos franceses. Los suizos, de cuyas filas tan pronto desertaban soldados á los insurgentes, como ingresaban en ellas del campo de estos, hallábanse reducidos á unos mil ochocientos hombres, y en una especie de flotacion constante, que no permitia que se pudiera contar con ellos con alguna seguridad. La division Vedel traia unos cinco mil cuatrocientos hombres de todas armas, y doce piezas de artillería: de manera,



que unidas estas tropas á los ocho mil seiscientos hombres del general Dupont, formaban un ejército de catorce mil combatientes, y de diez y seis mil, añadiendo los suizos: fuerza, que aun hallándose reunida, no era una gran cosa, comparada con los cuarenta ó cincuenta mil insurgentes, cuya llegada próxima se anunciaba como segura. Mas habiendo llegado de allí á poco tiempo la division Gobert, y trayendo un refuerzo de cuatro mil setecientos hombres próximamente entre infantería y caballería, el cuerpo de ejército del general Dupont se aumentaba insensiblemente á la fuerza deseada (la cual no escedía, sin embargo, de diez y ocho mil franceses y dos mil suizos) para el instante mismo en que los insurgentes se decidiesen á mostrarse á la ofensiva. La division Gobert trajo al general Dupont la noticia de los descalabros sufridos delante de Zaragoza y de Valencia, la de la retirada del mariscal Monecy sobre Madrid, la del aislamiento en que, á consecuencia de esta retirada, quedaba el ejército de Andalucía, y la recomendacion terminante de que se mantuviese firme sobre el Guadalquivir sin avanzar un ápice hacia el Mediodía de España. En el estado en que se hallaban las cosas, un paso semejante hubiera sido, en efecto, asaz imprudente.

Ni era tampoco necesario para sacudir tremendos golpes á la insurreccion, puesto que en aquellas circunstancias iban á presentarse ocasiones á miles en que poder efectuarlos, sin abandonar la defensiva. Los insurgentes de Granada, parte de ellos suizos y parte españoles, en número de doce á quince mil hombres al mando del general Reding, se habian puesto en marcha para Jaen, y

mientras que se encaminaban á esta ciudad los sublevados de Andalucía á las órdenes del general Castaños, en número de veinte y tantos mil llegaban á Bujalance, y á juzgar por las demostraciones de algunas bandas de guerrilleros, y por las patrullas de caballería, no debian estar ya muy lejos. Aun cuando el espionaje militar era cosa imposible en España, mediante á que ningun paisano quería hacer traicion á la causa de su país (sentimiento noble que compensaba la ferocidad de aquel pueblo, y que la hacia comprender) no era difícil con todo, por los datos que á cada paso se recogian acerca de esta doble marcha, formarse de ella una idea aproximada, y prepararse con tiempo para la resistencia. El general Dupont podia muy bien, dejando la division Gobert en Bailen y en Menjibar, avanzar con las divisiones Barbon y Vedel hasta el otro lado del Guadalquivir, interponerse entre los dos ejércitos enemigos con catorce ó quince mil hombres, batirlos uno tras otro, ó reunidos, y regresar á su posicion despues de darles un buen golpe. Fuese cual fuese su fuerza, no hubiera sido seguramente una temeridad el ir á encontrarlos en la proporcion de uno contra dos: ni esta operacion, por otra parte, para la cual tenia que hacer tan solo un movimiento de tres ó cuatro leguas, podia considerarse como una infraccion de la orden de no avanzar hacia el Mediodía de España. Mas si esta resolucion, sin embargo, le parecia un poco atrevida, podia tambien, guardando la defensiva mas rigorosa y esperando al enemigo, ir á reunirse con Vedel y Gobert en Bailen mismo, con la completa seguridad de destrozár con veinte mil hombres desde esta ventajosa posicion cuantas



fuerzas enemigas se le presentasen. Abandonar á Andújar para irse á Bailen, no era infringir la órden de no retroceder mas allá de Sierra Morena, asi como el avanzar cuatro leguas desde la primera de estas dos ciudades no era infringir tampoco la de no internarse en Andalucía.

Pero el general Dupont, á pesar de tener tres divisiones á su mando, permaneció inmóvil á presencia de los españoles, sin concebir nada, sin ordenar nada, y sin tomar, en fin, otra disposicion que la de conservarse él en Andujar, dejar á Vedel en Bailen, y á Gobert en la Carolina, recomendando á cada uno de ellos que procurasen defenderse, y ejercer en torno suyo la mas completa vigilancia, á fin de que el enemigo no pudiese apoderarse de los desfiladeros, entrando por Baeza, Ubéda y Linares.

El 14 de julio por la tarde mostráronse los insurgentes sobre las llanuras que dominan el Guadalquivir, y frente por frente de Andújar. Las tropas de Granada á las órdenes del general Reding, se habian quedado en Jaén aprestándose para reunirse en esta ciudad con las de Andalucía. Estas, que eran las que se hallaban al frente de Andújar, venian de la Andalucía baja por Sevilla y Córdoba, al mando del general Castaños, y aun cuando su objeto era asimismo ir á Jaén á incorporarse con las de Granada, habian querido, sin embargo tantear antes la posicion de Andújar, para ver si era posible desalojar de ella á los franceses. Las tropas del general Castaños, en número de unos veinte mil hombres, eran en parte tropas organizadas á las cuales se habian ingerido algunos de los nuevos alistados, y parte voluntarios regimentados

en cuadros de nueva creacion. A no dudarlo, eran mucho mas disciplinadas y compactas que cuantas habia visto nuestro ejército hasta entences, puesto que se componian principalmente de las tropas del campo de San Roque, y de las de la division que debió haber invadido á Portugal á las órdenes del general Solano.

En la madrugada del 15 de julio, presentándose en masa las fuerzas del general Castaños, obligaron á nuestras avanzadas á retirarse, y á que les abandonaran las eminencias que dominan las márgenes del Guadalquivir. Despues de lo cual, cada cuerpo ocupó la posicion que le habia sido designada para el combate: la guardia de Paris, en las fortificaciones construidas delante del puente; la tercera legion de reserva sobre la orilla del rio; los marinos de la guardia en Andújar; la brigada Cabert, á la derecha de la ciudad; los suizos, á la retaguardia, y la caballería con el 6.º provisional, á lo lejos en la llanura, para observar á las guerrillas indisciplinadas, que iban marchando en torno del ejército español, como los cosacos en torno del ejército ruso.

La vista del enemigo produjo tan buen efecto en los franceses y los regocijó en tales términos, que aun cuando entre ellos estaban enfermos una gran parte, manifestaban los deseos mas vehementes de venir á las manos. Pero los españoles no se atrevieron á pasar el rio á presencia del ejército francés, y se limitaron á dirigirle un fuego de cañon, que no nos causó gran daño, y al cual contestaron nuestras tropas con tibieza para no malgastar las municiones: nuestras balas, sin embargo, iban bien dirigidas, y cayendo sobre las com-